

Opté por poner un código de salida también, a pesar del consejo del experto en seguridad de que no lo hiciera. Argumentaba, que una vez cerrada la cámara acorazada, sólo se podría abrir desde dentro y que por tanto, carecía de sentido. Yo le hice entender que quería controlar que la apertura fuera deseada y no fortuita. Accedió a mi petición aumentando el precio de la instalación. No me importó si con ello aseguraba la total integridad de mi casa.

Procedió a codificar la puerta con un número aleatorio que me entregó en un sobre cerrado para garantizar la privacidad y delante de mí rompió los planos y el contrato que nos vinculaba hasta ese momento.

Cuando por fin me quedé solo, comencé a admirar el refugio que había mandado excavar en la misma roca de la montaña. Los robos en el barrio habían aumentando tanto en los últimos años que estaba convencido que no había sido el único en adoptar esa solución, aunque seguro que nadie lo había llevado con tanta discreción como yo. Una cláusula del ya extinto contrato obligaba al único constructor a guardar silencio y a

trabajar de noche para retirar los restos que iban saliendo de la montaña. Ningún vecino podía imaginar nada parecido.

Puestos a estar seguros, había contratado al mejor experto de seguridad del país y no había escatimado ni un solo dólar en la ejecución de la obra. Si algún ladrón entraba en mi casa, tan sólo tendría que encerrarme en la cámara a esperar a que se fuera. Un circuito cerrado de televisión me permitiría ver sus pasos. Además, los víveres almacenados me proporcionarían un mes de autonomía y el poderoso aislamiento acústico me dejaría hacer todo el ruido que quisiera sin miedo a desvelar mi escondite. El resto de equipamiento constaba de una cama, un botiquín de primeros auxilios y un aseo. Todo ello en apenas cinco metros cuadrados perfectamente ocultos detrás de la estantería de la biblioteca.

Estaba ansioso por probarla pero..., ¿Cómo? Busqué la guía y llamé por teléfono a mi vecino más cercano. Tras presentarme, le pedí por favor que me ayudara a sacar un mueble a la calle. Nada más colgar, dejé abierta la puerta de la casa y me encerré en la cámara acorazada. Encendí el circuito cerrado de televisión y esperé. A los pocos minutos pude ver como se acercaba a la puerta exterior y llamaba. Tras insistir, contemplé como la empujaba y entraba con cautela dando voces. Con el mando pude seguirlo por cada habitación por la que se paseó y oír cada una de las palabras que decía. Entonces entró en la biblioteca. Comenzó a curiosear los libros que allí había hasta colocarse justo delante de la puerta de la cámara. No pude evitar hacer la prueba. Me situé justo delante de él -separado tan sólo por el grosor de la puerta insonorizada- y grité tan alto como mis cuerdas vocales me lo permitieron al mismo tiempo que golpeaba con todas mis fuerzas la pared. Observé su reacción a través del monitor. Nada. Seguía allí con la cabeza ladeada leyendo el lomo de los libros. Al cabo de un

minuto abandonó la sala y se dirigió a la cocina. Tras dudar un momento, escribió una nota en la libreta que colgaba de la nevera y se fue.

Tecleé los diez dígitos de la clave de salida y aparecí de nuevo en la biblioteca donde un sentimiento de bienestar y regocijo me inundó. Comencé a dar saltos de alegría felicitándome por mi invención. Nadie -a excepción del constructor- sabía de su existencia. Ese era sin duda el único defecto de un sistema que encontraba perfecto. El único cabo suelto.

Las noches siguientes no pude dormir pensando en esto. Me obsesioné tanto que incluso encontré una analogía en la mitología griega. Si Minos había encerrado a Dédalo en su propio laberinto, la solución pasaba entonces por encerrar al constructor en su propio refugio. No pude evitar reír por lo ridículo de mi deducción. En cambio, pensándolo más fríamente, sí era más lógico llegar a la conclusión de que el único conocedor del secreto desapareciera, puede ser sufriendo un accidente.

Intenté alejar esa idea de mi mente pero en la oscuridad de la noche se hacía fuerte y me atormentaba hasta conseguir sacarme de la cama. Cuando por fin me dejaba arrastrar por ella, fantaseaba con contratar un sicario que hiciera el trabajo por mí. Pero entonces caía en la cuenta que éste podría preguntarse el motivo de sus servicios. En cambio, si lo hacía yo en persona, el secreto quedaría a salvo. No habría ninguna posible relación con la víctima y por tanto, estaría libre de toda sospecha. Por un momento me asusté ¿Cómo podía estar pensando esas cosas? Atribuí mis extrañas cábalas a las emociones de las últimas semanas por ver concluida la obra y seguí intentando dormir.

Pero no pude.

Me levanté de nuevo y visité la cámara mientras aclaraba mis ideas. Encendí el monitor y con el cuadro de mandos comencé a pasear mi mirada por toda la casa. Primero el exterior, luego el salón, la misma biblioteca donde se veía la puerta abierta

de la cámara y por último, la cama revuelta de mi habitación que se negaba a otorgarme descanso. Si llevaba a cabo mi plan, aquel espacio donde me encontraba sería de lo único que me podría sentir orgulloso de lo que hasta ahora había hecho en la vida. Algo de lo que, por otra parte, tampoco podría jactarme en público. ¡Menuda contradicción más deliciosa!

Con la paz que infunden las buenas ideas pude al fin conciliar el sueño en el mismo catre del refugio.

A la mañana siguiente me levanté con una energía inusitada. Desayuné fuerte y comencé a dar forma a mi plan. Sabía donde trabajaba y sabía sus horarios. Tan sólo tenía que interceptarlo en una zona poco concurrida y dispararle. Una vez muerto le quitaría la cartera y simularía un atraco más. La tasa de asesinatos sin resolver en la ciudad era muy alta.

Volví a la hora de comer. Me quité la camisa, la eché en la lavadora y me esforcé en cocinar una buena comida para celebrarlo.

Había pasado ya casi un año, cuando una noche me encontraba leyendo en la cama y oí un ruido en el piso inferior. Me calcé las zapatillas y evitando hacer ruido comencé a deslizarme por las escaleras. El haz de luz de una linterna se paseaba de un lado a otro por la planta baja. ¡Un ladrón había entrado en casa! Al primer sentimiento de horror le siguió uno de extraño placer al pensar que por fin podría probarla en una situación real. Repté como una serpiente hasta la biblioteca con la intención de no delatar mi presencia al intruso. Me situé delante de la estantería y muy despacio aparté el libro que ocultaba la consola donde teclear los dígitos. Justo en el momento que introducía el último y comenzaba a abrirse, se encendieron las luces de la sala. Me giré y descubrí a un hombre corpulento con gesto nervioso que me apuntaba con una pistola directamente a la cabeza. Se quedó mirando la puerta hasta que cesó su movimiento. De

pronto, se encendió la luz interior de la cámara haciendo que el ladrón se sintiera atraído por ella. Sin dejar de apuntarme, se acercó para echar una ojeada a lo que seguramente creía una caja fuerte. A la pregunta de qué guardaba allí, se me ocurrió decirle gimoteando que en el fondo podría encontrar joyas y dinero y que si no me hacía daño, se las podía llevar todas. Bastó esta pequeña representación para que no dudara ni un sólo instante en lanzarse dentro, sin detenerse a pensar que yo, apenas tenía que empujar un poco la puerta para dejarle encerrado. Cuando se dio cuenta de su error ya era demasiado tarde. Usó su arma repetidamente contra la puerta que se cerraba. Los primeros disparos todavía los pude oír rebotar en el acero, el resto quedaron silenciados al sellarse herméticamente.

Han pasado ya tres años desde aquella noche y nunca más he vuelto a abrir la cámara y aunque es verdad que al principio me sentía observado, también lo es el hecho de que no tardé en acostumbrarme a vivir así. Sé que sus víveres se agotaron hace ya mucho tiempo pero aún así, a veces, mi imaginación me traiciona y tras los libros de la biblioteca, oigo ruidos que sé que ya no son posibles.